

Drinot, Paulo. *Los años de Leguía (1919-1930)*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2024, 280 pp.

Los historiadores escriben y publican al menos dos tipos de libros. Por un lado, monografías, generalmente extensas, que toman años de trabajo en archivo y que, con pocas excepciones, están destinadas al mundo académico y universitario. Por otro lado, libros de síntesis sobre ciertos períodos o temas para los cuales se utilizan algunos materiales de archivo, pero, fundamentalmente, fuentes secundarias, es decir, los trabajos de otros colegas y estudiosos. Estos trabajos de síntesis están destinados a un público más amplio, que incluye ciertamente a profesores y estudiantes, pero también a lectores ajenos a la vida universitaria. No es necesario subrayar la importancia de estas dos formas de comunicación del conocimiento histórico, y en particular la segunda, que ayuda a cerrar la brecha entre la producción académica y su consumo por parte de amplios sectores de la población. La colección «Historias mínimas republicanas» del Instituto de Estudios Peruanos, dentro de la cual se publica este nuevo libro de Paulo Drinot, cumple a cabalidad esta importante función.

Drinot ha publicado con anterioridad dos sólidas monografías que aparecieron en traducción al español bajo el sello del IEP: *La seducción de la clase obrera. Trabajadores, raza y la formación del Estado peruano*, un estudio de las visiones y políticas estatales en torno al trabajo y los trabajadores, e *Historia de la prostitución en el Perú, 1850-1956*, un iluminador análisis de la llamada «cuestión sexual» entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX. Ambos trabajos son fundamentales para entender las relaciones entre el Estado, distintos proyectos de ingeniería social, y las clases populares y trabajadoras. Además, Drinot ha editado varios volúmenes sobre diversos temas, desde los viajes de Che Guevara hasta el gobierno nacionalista militar de Velasco, pasando por la historia económica de América Latina y la relevancia de distintas formulaciones teóricas para entender el proceso histórico peruano. Drinot

se ha consolidado como uno de los historiadores más prolíficos y versátiles del siglo XX peruano. Su investigación en curso sobre José Carlos Mariátegui, de la cual ha publicado ya algunos avances, promete marcar un hito en la historiografía sobre el fundador del socialismo peruano.

Los años de Leguía (1919-1930) es un libro de síntesis sobre un período que él conoce como pocos y sobre el cual editó hace algunos unos años una colección de ensayos. Conviene tener en cuenta los desafíos que conlleva escribir un libro como este: reducir la compleja realidad peruana de dicho período en doscientos cincuenta páginas, presentar una narrativa coherente que abarque todos los temas, personajes y procesos relevantes, y redactarlo de manera amena, didáctica, rigurosa e informada, no es ciertamente una tarea fácil. El autor ha sorteado el desafío con solvencia y nos ofrece una visión panorámica del Oncenio que tiene varias virtudes.

Primero, incorpora las dinámicas internacionales que influyeron sobre el proceso político, económico y social del Perú durante el Oncenio, pero también presta atención a las realidades regionales del país, incluyendo la Amazonía, casi siempre postergada en los estudios de este periodo. Lo global y lo local se entrelazan en las páginas de este libro.

Segundo, ofrece una mirada que abarca tanto la realidad del Perú oficial y de las élites políticas, económicas e intelectuales, como las experiencias de las clases populares y trabajadoras, actores fundamentales del periodo.

Tercero, y aquí radica uno de los mayores aciertos del libro, el autor presta debida atención al Estado y sus tecnologías de gobierno, desde los temas básicos de la administración pública (la educación, la economía, la inversión pública, el control del orden) hasta los mecanismos y herramientas de ingeniería social: el uso de las estadísticas, los censos y la cartografía; la manipulación de ideas y visiones sociales como el indigenismo, incluyendo la creación de instituciones estatales y el despliegue de lo que se conoce como «indigenismo oficial»; el énfasis en la sanidad pública y el higienismo; la incorporación de criterios raciales en las políticas públicas; y el control y censura de los medios de expresión.

Cuarto, el libro incorpora múltiples dimensiones de la realidad social, incluyendo por supuesto la política, la economía, los movimientos sociales y las relaciones internacionales, pero también la cultura,

la ciencia, el pensamiento social, la inmigración, la vida urbana, la cuestión racial, los problemas educativos, la cuestión indígena, las revistas, los militares, la universidad, la música y el fútbol. Obviamente, algunos de estos temas reciben una atención más detenida, pero hay en este libro un esfuerzo totalizante que vale la pena subrayar.

Quinto, el libro no culmina con la caída de Leguía, sino que pasa revista, en el último capítulo, a las valoraciones que del Oncenio se han hecho por parte de algunos protagonistas, historiadores, y otros comentaristas. Se trata de un esfuerzo iluminador que brinda a los lectores la posibilidad de reconstruir y evaluar los debates acerca del Oncenio y su legado.

Finalmente, Drinot hace referencia constante a los trabajos de sus colegas, dando crédito a quienes han ofrecido interpretaciones o información relevante. Gracias a esas referencias y al ensayo bibliográfico que lo acompaña, el libro es, también, una excelente puesta al día en la historiografía sobre el Oncenio que los lectores pueden usar para profundizar en los temas de su interés.

Drinot utiliza dos herramientas metodológicas y conceptuales para enmarcar su reconstrucción del leguismo. Primero, la noción de continuidad y cambio, que le permite identificar la medida en la cual el Oncenio significó una ruptura con el orden previo, dominado por el civilismo, pero también cómo mantuvo y hasta profundizó estructuras y prácticas tradicionales heredadas del pasado.

En segundo lugar, Drinot define el Oncenio como un período de transición, es decir, una etapa que cancela de algún modo el orden preexistente y que, al final, da lugar a nuevas formas y estructuras sociales, políticas, económicas y culturales. «El objetivo de este libro», escribe Drinot, «es pensar el Oncenio de Leguía [...] como un momento de transición» entre la República Aristocrática y «un nuevo orden» marcado por la irrupción de la política de masas y la crisis producida por la Gran Depresión (p. 12). Drinot hace bien en enfatizar el carácter transicional del Oncenio, pero su libro muestra también, con absoluta claridad, que el régimen de Leguía constituye un periodo con sus propias características, diferente a los regímenes que le precedieron y aquellos que vendrían

después, una época que dejó una huella reconocible, como lo hicieron también, a su manera, el velasquismo o el fujimorismo. El autor nos ofrece los elementos para entender qué tipo de régimen fue el leguismo y de qué manera el proyecto de la Patria Nueva se ejecutó durante esos once años: un proyecto modernizador, con aspiraciones descentralistas, que trató de cooptar a diferentes agentes sociales, autoritario, clientelista, personalista, paternalista, y con una fuerte intervención del Estado en casi todos los ámbitos sociales. En suma, el Oncenio fue, *al mismo tiempo*, un momento de transición entre un orden acabado y otro que no terminaba de nacer, y un régimen particular, reconocible, que amerita ser considerado en sus propias coordenadas. Este libro nos ofrece, sintética pero eficazmente, los elementos constitutivos de ese régimen.

En ese sentido, el título del capítulo 4, «El ocaso del Oncenio», resulta hasta cierto punto incompleto, pues en él se ofrece no solo un recuento y explicación del ocaso del régimen, sino también, de manera central, una excelente síntesis de la consolidación y apogeo del leguismo. De hecho, como se dice en la página 170, a mediados de la década de 1920, Leguía se hallaba «en la cúspide de su poder». Este capítulo es, en mi opinión, el más importante del libro, y presentarlo como «El ocaso del Oncenio» no le hace justicia. En él se discute, por ejemplo, la importancia no solo de la inversión extranjera sino también de los expertos que Leguía contrató; las redes de corrupción que generó el tipo de administración de los asuntos del Estado que Leguía puso en práctica; la notable inversión en obras públicas en la ciudad y el campo; el impulso a la infraestructura en comunicaciones; la atención a los aspectos sanitarios de la población; la instrumentalización de la cuestión indígena; el culto a la personalidad y la adulación a Leguía como elementos centrales de la cultura política del Oncenio; la modernización de las costumbres y de las formas de socialización; el uso sistemático pero también selectivo de la represión contra sus opositores; y los intentos, fallidos, de forjar un nuevo tipo de relación con el ejército. Es aquí, en este importante capítulo, donde quedan claramente establecidos los elementos centrales del régimen leguista, aquellos que le otorgaron una fisonomía propia y que lo hacen tan reconocible en el panorama histórico del siglo XX peruano.

Termino con una cita que, al leerla, de pronto me reveló, por si hacía falta, la importancia de entender a cabalidad el período de Leguía y su lugar en la historia peruana. La Patria Nueva, escribe Drinot, «tuvo unos inicios prometedores, en los que parecía que se abrían nuevas perspectivas para el Perú, a partir de la adopción de ideas novedosas y progresistas. Este momento resultaría efímero y quimérico» (p. 100). Este balance del Oncenio podría ser repetido para muchos otros períodos de nuestra historia; más aún, creo que se podría aplicar para toda nuestra historia republicana: un inicio prometedor que, al final, resultó una quimera. La frustración como una marca de nuestra vida republicana. La continua, repetida, sensación de fracaso que nos abruma. Bajo esta perspectiva, el Oncenio de Leguía, y este excelente libro, echan luces sobre el destino del Perú republicano. De su lectura, podremos extraer conclusiones importantes que, ojalá, sirvan también para imaginar escenarios diferentes de cara a la tercera centuria de nuestra existencia como República.

CARLOS AGUIRRE

Universidad de Oregón